



Convergencia. Revista de Ciencias Sociales

ISSN: 1405-1435

revistaconvergencia@yahoo.com.mx

Universidad Autónoma del Estado de México

México

Ruiz Jiménez, José Ángel

Nuevas Diplomacias por la Paz y los Derechos Humanos: La Diplomacia Civil No Violenta
Convergencia. Revista de Ciencias Sociales, vol. 11, núm. 34, enero-abril, 2004, pp. 81-112

Universidad Autónoma del Estado de México

Toluca, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=10503404>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Nuevas Diplomacias por la Paz y los Derechos Humanos: La Diplomacia Civil Noviolenta

José Ángel Ruiz Jiménez

Universidad de Granada

Resumen: Este artículo pretende realizar una aportación académica al campo de estudio de la paz y los derechos humanos. Para ello, centro mi atención en el terreno de la diplomacia y las nuevas posibilidades que ésta ofrece como arte de la pacificación y herramienta de prevención de guerras u otro tipo de catástrofes humanitarias con las violaciones de los derechos humanos que suponen; y como posibilidad de fortalecer la democracia y colaborar en la forja de una sociedad civil más consciente, activa y comprometida con la causa de la paz y los derechos humanos.

Palabras clave: diplomacia, noviolencia, paz, relaciones internacionales, sociedad civil.

Abstract: *This article is intended as a contribution to the peace and human rights academic field. To this end, I shall focus on the new possibilities that diplomacy offers in two ways. First, by considering diplomacy as the art of pacification and as a tool to prevent wars or other kind of humanitarian catastrophes, which always entail gross human rights violations. Second, by comprehending diplomacy as an instrument to strengthen democracy and collaborate in the making of a more conscious, active and engaged civil society on the grounds of peace and human rights.*

Key words: *civil society, diplomacy, nonviolence, international relations, peace.*

Introducción

En este artículo analizo nuevas formas de diplomacia que se proponen y se han probado como herramienta eficaz y potencialmente decisiva en el alcance de acuerdos y situaciones de paz, así como en la prevención y desescalada de violaciones de derechos humanos. La hipótesis que sostengo es que un proceso de paz rara vez se puede resolver mediante un simple movimiento de pluma, y el camino para hacer realidad la pacificación de una región sólo puede ser largo y esforzado. Así, éste podría implicar a todos los niveles de la sociedad y, para alcanzar las mayores cotas de eficacia, debería utilizar

el modelo multivial que activa distintas posibilidades y niveles de pacificación, tal y como refleja este texto.

Para asegurar la confluencia de la paz de los líderes y la de los ciudadanos comunes, varios autores sugieren un modelo de diplomacia multivial, que de acuerdo con el esquema de Michael Bavly puede reducirse a cuatro vías o niveles: diplomacia convencional, de expertos mediadores en contacto con los gobiernos, de instituciones y personas de gran influencia social pero alejadas del poder político, y de los ciudadanos comunes. En estas páginas, he tratado de ir más allá que Bavly, y por supuesto que autores como Montville, Diamond, McDonald, Burton, Dukes y Sharoni a la hora de explorar las potencialidades del tercer y cuarto nivel, que considero no habían sido tratados con suficiente atención.

1. La diplomacia convencional

Tradicionalmente, el término *diplomacia* se utiliza por lo menos en dos sentidos: el primero y más restringido hace referencia al proceso por el cual los gobiernos mantienen relaciones por medio de agentes oficiales y bajo las condiciones formales del derecho internacional; el segundo, de ámbito más amplio, define a los métodos o técnicas de la política exterior que influyen en el sistema internacional, o sea, al arte de la negociación como eje de las relaciones internacionales.

Respecto al primer sentido, el objetivo de la diplomacia convencional es ampliar y mejorar los intereses del Estado. Éstos se centran sobre todo en salvaguardar su independencia, seguridad e integridad —territorial, económica y política— y en obtener la más amplia libertad de acción. Además, este tipo de diplomacia busca obtener las máximas ventajas para la propia nación, preferentemente evitando el uso de la fuerza y la creación de resentimientos en otros Estados. La diplomacia tradicional persigue el reforzamiento del Estado obteniendo ventajas y aliados en la arena internacional al tiempo que neutraliza a sus oponentes, habitualmente mediante el recurso de generar buena voluntad hacia el Estado que representa. Es una alternativa a la guerra para la obtención de los objetivos de los países, siendo sus armas la palabra y una voluntad de negociación que frecuentemente, aunque no en todos los casos, se orientan hacia la preservación de la paz. De forma general, aunque no invariablemente, la diplomacia negocia la obtención de acuerdos y resuelve los problemas que surgen entre los Estados. Puede incluir amenazas

coercitivas, estando su alcance, flexibilidad y efectividad íntimamente ligados al poder del Estado o Estados que recurren a ellas.

Las principales funciones de la diplomacia convencional son cuatro. En primer lugar, nutrir al propio gobierno de información sobre las condiciones materiales y morales, las vicisitudes políticas y las intenciones del país en el que el diplomático está acreditado. La segunda función compete principalmente al Ministerio de Asuntos Exteriores y consiste en la lectura y procesamiento del material informativo obtenido de sus representantes diplomáticos y consulares, así como de la prensa internacional. En tercer lugar, la diplomacia debe aconsejar a los gobiernos en circunstancias de política internacional de particular importancia. Esa es, de largo, la más delicada función y la que pone de manifiesto la ambivalencia de la profesión diplomática, pues el embajador es un técnico de las relaciones internacionales que debe sopesar cuidadosamente las consecuencias de sus acciones e iniciativas. La cuarta función de los embajadores consiste en informar e ilustrar a los gobiernos extranjeros acerca de las valoraciones y posturas negociadoras del propio.

El segundo y más amplio significado de “diplomacia” en su sentido convencional, se refiere a los métodos o técnicas de la política exterior que influyen en el sistema internacional. En este sentido las técnicas diplomáticas han sufrido una considerable transformación en la época contemporánea. Así, durante la Guerra Fría, el uso extensivo de la propaganda, la promoción de la subversión en una amplia escala y la manipulación de los instrumentos económicos nacionales al servicio de la política exterior de los Estados más poderosos ensancharon enormemente el ámbito de las relaciones multilaterales en la escena mundial.

Las diferentes posibilidades de orden internacional exigen distintas perspectivas y métodos diplomáticos. Así, tradicionalmente, se considera que en un orden bipolar, como por ejemplo el existente durante la Guerra Fría, la diplomacia dentro de un bloque se convierte en dirección de la coalición frente a una amenaza exterior. Mientras subsista el peligro de la guerra entre los bloques, los intereses individuales estarán inmersos en la oposición común al enemigo exterior. En tales circunstancias, los fines de la diplomacia son garantizar la seguridad de los aliados y la disuasión de los enemigos. Dentro de los bloques militares se pueden establecer mecanismos

político-militares integrados o casi supranacionales. Entre los bloques basta, pues, con mantener las conexiones diplomáticas más tenues. En otras palabras, en un mundo bipolar las funciones militares sustituyen en buena medida a las diplomáticas y se opera dentro de ámbitos netamente diferenciados de objetivos comunes y opuestos. Incluso en un orden bipolar, la diplomacia desempeña un papel importante: los Estados pueden desear la guerra o la alteración de la situación internacional, pero si utilizan la coerción para conseguir sus objetivos, su expresión ha de ser disciplinada y moderada pues la falta de legitimidad en el uso de la fuerza, la creación de resentimientos o de enemigos, así como cualquier cambio de circunstancias en el equilibrio de fuerzas podría suponer un grave perjuicio para la gran potencia en cuestión. La negociación es, en definitiva, un factor tan esencial como la fuerza proporcional.

El éxito en la práctica diplomática convencional es un factor decisivo en el damero de las relaciones internacionales, pues si las hostilidades están concentradas y alcanzan gran intensidad, los factores militares se convierten en dominantes con todos los peligros que ello conlleva; mientras que sólo si son difusas y de poca intensidad, es la diplomacia la que adquiere la preeminencia.

Lo cierto es que el análisis histórico de los conflictos en y entre sociedades humanas pone en evidencia las importantes limitaciones de la perspectiva tradicional de gestión y regulación de los mismos —lo que trasciende significativamente al *modus operandi* de la diplomacia tradicional—, así como la ausencia de instrumentos de prevención de la violencia de suficiente eficacia. La propia naturaleza de la política convencional provoca una tensión y visión negativa de los actores y partes implicadas ajenos a los propios intereses, lo que unido al carácter elitista y vertical de las negociaciones y a veces a dificultades técnicas para la implementación de los acuerdos causa frecuentemente desenlaces de pobres resultados prácticos (Nye, 1993:2-16)¹. La labor política de la diplomacia convencional es, desde luego, necesaria, pero

¹ Tras la Paz de Westfalia en 1648 las relaciones internacionales se han regido mediante el denominado sistema de anarquía entre Estados, donde cada nación es soberana y no reconoce ningún poder superior. La consecuencia es que la necesidad de garantizar la propia defensa, así como la suspicacia y desconfianza hacia la actividad y sobre todo prosperidad y engrandecimiento de otras naciones (que resulta en temor a una posible

parece susceptible de ser mejorada. Sin duda pueden existir nuevas formas de hacer diplomacia de forma innovadora y/o complementaria respecto a la tradicional y que, en ciertas ocasiones, puedan ser una alternativa capaz de funcionar de forma autónoma.

2. Nuevas diplomacias: la diplomacia paralela y multivial

La práctica totalidad de los trabajos y referencias sobre nuevas diplomacias y paz se encuentran en lengua inglesa, mencionándose de forma genérica como *second track diplomacy* o *track two diplomacy*. Ésta se ha definido en castellano como diplomacia oficiosa, paralela, o ciudadana. Algunos académicos limitan el ámbito de la *second track diplomacy* a los proyectos ciudadanos de base y a talleres de formación, diálogo o negociación, mientras que otros insisten en que es una forma de interacción entre los profesionales que están conectados de cerca con los políticos. Las múltiples interpretaciones del término disminuyen, en última instancia, la capacidad de utilizar con eficacia la diplomacia de esta *second track* como parte esencial de un modelo más amplio para la resolución de conflictos.

Fue Joseph V. Montville, un exfuncionario del Foreign Service de los EEUU, quien introdujo el término *track two diplomacy* en 1982 para definir aquellos métodos de diplomacia distintos a los del sistema gubernamental convencional. Según Montville, *track two diplomacy* significaba “interacción oficiosa y no estructurada entre miembros de grupos o naciones enfrentados que se orienta hacia la resolución de conflictos primando el tratamiento de factores psicológicos” (Fischer, 1997:17). Montville consideraba la *track two diplomacy* como un proceso diseñado para asistir a líderes oficiales en la exploración de posibles soluciones, fuera del ojo público y sin los requerimientos necesarios para negociar formalmente, o para buscar situaciones de ventaja. Esta temprana definición no tiene una estructura específica y está dirigida sobre todo a tratar la dimensión psicológica del conflicto. En 1987, Montville amplió su interpretación del término para incorporar tres “procesos correlacionados que constituyen la *track*

agresión), han causado una tensión permanente entre los Estados, así como innumerables guerras. La racionalidad de la naturaleza intrínsecamente conflictiva del sistema queda perfectamente reflejada en la analogía entre éste y el conocido juego del “Dilema del prisionero”.

two: (1) el taller de resolución de problemas; (2) el influenciar la opinión pública; y (3) las actividades económicas cooperativas” (Montville, 1987). Aquí encontramos una interacción estructurada en forma de taller, un objetivo definido para influenciar a los implicados en un conflicto más allá de los participantes directos, y una identificación y un énfasis claros en las ventajas y el valor de la dimensión económica si se trabaja correctamente.

Siguiendo la definición inicial de Montville, otros académicos ofrecieron sus propias interpretaciones del término. Mientras numerosos autores tendían a utilizar los términos diplomacia ciudadana y *track two diplomacy* como equivalentes, Frank Dukes y John Burton establecieron una distinción entre ambas, por la que la primera se refería a toda una clase de procedimientos no oficiales aplicables a nivel internacional e intercomunal donde existan diferentes culturas y la aparente necesidad de un mejor entendimiento que no puede alcanzarse a través de contactos más formales. Los ejemplos que citan en esta categoría incluyen visitas de intercambio entre ciudadanos, conciertos, hermanamiento de ciudades, intercambios educativos, proyectos de investigación comunes y ayuda humanitaria. La *track two diplomacy*, por otra parte, fue descrita por Burton y Dukes como “interacción no oficial, informal, entre miembros de naciones o grupos adversarios que apuntan a desarrollar estrategias, influenciar la opinión pública, y organizar recursos humanos y materiales de manera que puedan contribuir a resolver su conflicto” (Burton y Dukes, 1990:95). La *track two diplomacy* estaría por tanto diseñada para asistir a líderes oficiales mediante la compensación de las restricciones impuestas sobre ellos por su psicológicamente comprensible necesidad tradicional de aparecer fuertes, astutos e indomables ante su enemigo, o al menos de ser considerados como tales.

La definición de Burton y Dukes es muy similar a la de Montville, si bien el primero acentuó la carencia de formalidad de la comunicación, definió unos objetivos orientados a influenciar a comunidades amplias, y abordó la importancia de los factores económicos.

Estas formas de diplomacia alternativa sugerían que la posibilidad de resolver conflictos pacíficamente no reside únicamente en los gobiernos y sus representantes oficiales, por lo que fue tomando cuerpo la idea de que ciudadanos corrientes de variada procedencia

(profesional, racial, religiosa, etc.), con diversas habilidades y convenientemente organizados podían jugar un papel relevante en procesos de *peacemaking*, *peacebuilding* y resolución de conflictos.² En este contexto, John McDonald creyó que el concepto básico concebido por Montville respecto a la *track two diplomacy*, estaba proliferando y a su vez creando confusión sobre su significado y uso, por lo que procedió a diseñar un modelo para la *multi-track diplomacy* o *diplomacia multivial* (Fischer, 1997:118).

McDonald identificó la diplomacia convencional o *track one* como el área donde la diplomacia se practica entre representantes oficiales y los líderes políticos de las partes en conflicto. Respecto a la *track two*, la subdividió en cuatro vías o niveles distintos, creando así un modelo de cinco posibilidades, según cual, “desde el segundo al quinto nivel todos implican un tipo de diplomacia no oficial o ciudadana orientado a ayudar a invertir escaladas de violencia y a resolver conflictos internacionales” (Fischer, 1997:118). Si bien todos los niveles comparten esta meta básica, el segundo se limitaría a los esfuerzos realizados por ciudadanos particulares profesionales, bien informados e implicados. El tercer nivel estaría reservado para las interacciones realizadas por corporaciones, empresas o individuos del mundo de los negocios. El cuarto nivel denotaría programas de intercambio directo entre ciudadanos en cualquier campo de interacción. Finalmente, el quinto nivel se refería a las tentativas desarrolladas mediante los países en conflicto para educar al público sobre el “otro”. McDonald especificó que el papel del quinto nivel es “humanizar al enemigo y reducir la desconfianza y la hostilidad de modo que las otras vías puedan construir y asentar una nueva base de entendimiento” (Fischer,

² Es importante la distinción, ya normativa por su regular uso en el léxico de Naciones Unidas, entre estos términos. *Peacemaking* (establecimiento de la paz) se refiere a las actividades orientadas a alcanzar la finalización de un conflicto armado; *peacekeeping* o *peace enforcement* lo hace a las labores de contención pasiva de grupos enfrentados (como destacamentos de cascos azules marcando la frontera entre facciones rivales impidiendo de este modo su mutua agresión); el concepto de *peacebuilding* es más reciente y también más ambicioso, relacionándose con las acciones orientadas a fortalecer y afianzar la paz, a la construcción de sociedades pacíficas, democráticas y estables, normalmente en el contexto de situaciones post-conflicto. También se va consolidando el término *diplomacia preventiva*, con la finalidad de anticipar los conflictos y tratar de solucionarlos antes de que irrumpa la violencia.

1997:118). Si bien resulta fácil convenir respecto a esta meta, parece discutible la restricción realizada por McDonald en la atribución de este objetivo únicamente a la quinta vía. Lo cierto es que la intención especificada por McDonald más bien debería ser parte de cualquier tentativa de resolución de conflictos, en cualquier nivel, y por tanto debería estar incorporado en todas las vías.

Después de la introducción de su modelo de cinco niveles, McDonald formaría equipo con Louise Diamond proponiendo el término *multi-track diplomacy* o diplomacia multivial, ofreciendo esta vez una completa estructura conceptual para reflejar y evaluar las contribuciones de movimientos sociales y grupos ciudadanos en procesos de paz y resolución de conflictos (Diamond y MacDonald, 1996). La *diplomacia multivial*, según Diamond y McDonald, era un marco teórico diseñado para reflejar la variedad de actividades que contribuyen positivamente en procesos de pacificación internacional. El supuesto fundamental de partida es que individuos y organizaciones son más eficaces trabajando juntos que por separado, sobre todo considerando que la mayor parte de los conflictos contemporáneos implican una amplia e intrincada red de partes y factores que requieren un tratamiento sistemático. De hecho, el modelo de *diplomacia multivial* encuentra su origen en la percepción de diplomáticos, científicos sociales, profesionales en resolución de conflictos y otros, de que las interacciones formales entre los representantes instruidos de los Estados no son suficientes para garantizar la cooperación internacional o resolver diferencias y conflictos.

No limitando su estudio a una comparación entre *track-one* y *track-two diplomacy*, Diamond y McDonald identificaron nueve vías o niveles implicados en el complejo proceso de *peacemaking* y resolución de conflictos. Las cuatro primeras eran idénticas al modelo inicial de McDonald: diplomacia oficial, investigación y entrenamiento mediante intercambios para la diplomacia no oficial profesional, mundo de los negocios, y ciudadanos particulares profesionales. Las vías desde la quinta hasta la novena, respectivamente, se refieren a educación, activismo comunitario (principalmente ONGs y grupos pro derechos humanos), religión, financiación, y finalmente, a medios de comunicación, ámbitos que, como señala Simona Sharoni, mantienen una relación directa con la historia, pensamiento y acción de movimientos sociales como el pacifismo, el feminismo y el ecologismo (Sharoni, 1997).

Cada uno de estos niveles fue analizado por Diamond y McDonald para aplicarse específicamente en los campos de la cultura, las iniciativas políticas y las cuestiones de discusión en un conflicto, situando siempre cada caso en referencia al marco general. Estos autores insisten en que cada una de las nueve vías aporta su propia perspectiva, enfoque y recursos, siendo todos ellos necesarios en los procesos de *peacebuilding*.

Mientras que Diamond y McDonald presentaron eficientemente algunas de las varias dimensiones a valorar en resolución de conflictos, considero que erraron de forma grave en la estructura general del modelo, como oportunamente señala, también, Michael Bavly (Bavly, 1999). Clasificando ejemplos específicos de posible interacción entre los nueve niveles, Diamond y McDonald parecen asumir que unos son más influyentes que otros, o por lo menos que existe una cierta clase de graduación o jerarquía entre ellos, al tiempo que parecen no ser posibles más tipos de interacciones entre los niveles que las específicamente mencionadas en su esquema. Por supuesto, ni lo uno ni lo otro tienen por qué ser su propuesta real, pero tal es la implicación de su modelo de diplomacia multivial. Si bien los niveles uno y dos se interrelacionan en un orden jerárquico claro, los comprendidos entre el tres y el nueve inclusive, según lo definido por Diamond y McDonald, son paralelos y por lo tanto se deben definir como subdivisiones de la *track two*, o bien deben convertirse en ejemplos de un tercer nivel unificado -actividades de paz emprendidas por cualquier cuerpo no especificado en las dos primeras vías. El modelo sugerido por Diamond y McDonald carece de la estructura necesaria para situar los campos de *peacemaking* según su orden de relevancia.

Las definiciones académicas existentes respecto a los dos primeros niveles de la diplomacia multivial convienen que la *track two diplomacy* es complementaria respecto a la diplomacia convencional, de modo que el que exista un segundo nivel implica que el primero y oficial tiene algunas limitaciones. Entre estas limitaciones están: las preocupaciones políticas, tales como llegar a las elecciones en situación de ventaja; la influencia de aliados y coaliciones internas; y la opinión pública. En última instancia, los políticos están motivados por intereses personales y de partido-; por regla general, tratan en primer lugar de mantener sus cargos y conseguir la reelección. Estas dos metas no coinciden siempre con las iniciativas de paz, especialmente cuando hay una fuerte corriente de opinión contra la reconciliación dentro de la

comunidad. Otra preocupación es la de su seguridad personal: tratar abiertamente con el “otro” puede resultar peligroso y causar una respuesta violenta. Además, esforzarse públicamente por acercarse al adversario influencia la imagen del iniciador a los ojos del “otro”, lo cual implica consecuencias positivas, pero también negativas, pues puede ser interpretado como un signo de debilidad. Estas limitaciones son las que se supone pueden superarse con éxito mediante la diplomacia paralela o *track two diplomacy*.

En el transcurso de los acercamientos de la *track two diplomacy*, los agentes oficiales pueden jugar un papel oculto entre bastidores, siendo su papel desconocido y quedando aparentemente alejados de las negociaciones, pero al mismo tiempo mantenerse totalmente implicados e informados al detalle por unos expertos mediadores de la *track two*. Es un modo de operar que resulta ideal para aquellos cargos políticos que deben tomar decisiones de elevada trascendencia al tiempo que hacen frente a fuertes presiones políticas, y una oportunidad deseable para los mediadores de diplomacia paralela que desean llevar adelante iniciativas de paz con una conexión fuerte y directa con los políticos. La principal diferencia entre la diplomacia convencional y la diplomacia paralela, es la posición de los participantes en lo referente a la política y a los responsables de tomar decisiones como representantes oficiales de gobiernos o Estados. Fundamentándose en las anteriores premisas, Michael Bavly diseñaría la espina dorsal del nuevo modelo que sugiere para la diplomacia multivial. Él divide la diplomacia para resolución de conflictos en un modelo jerárquico de cuatro niveles, en el cual se centra sobre todo en diferenciar las partes que están en conflicto con una tercera parte neutral, un experto mediador o facilitador.

En este modelo, la diplomacia convencional o de primer nivel se referiría a las tentativas realizadas por los gobernantes y sus representantes oficiales en situaciones de conflicto para explorar opciones y resoluciones respecto a las cuestiones en disputa, siendo la única vía que tiene una impronta de obligatoriedad en el cumplimiento de sus acuerdos.

El segundo nivel, por otra parte, incorporaría los esfuerzos para la resolución de conflictos realizados por personal profesional experto, bien informado y comprometido que sostengan estrechos lazos y ejerzan cierta influencia en los ámbitos de decisión política, gozando

no obstante de libertad para explorar prácticamente sin restricciones diversas posibilidades de alcanzar acuerdos. Sus esfuerzos incluirían, sobre todo, tentativas prácticas de resolver pacíficamente cuestiones específicas de conflicto con la intención de influenciar a los gobernantes para aceptar las iniciativas sugeridas por su acción de la diplomacia paralela. Las vidas de estos expertos mediadores se dedicarían, pues, al *peacemaking*, basándose sus habilidades en un largo proceso de entrenamiento. Los acuerdos de Oslo entre israelíes y palestinos en 1993 constituyen un ejemplo paradigmático de esta diplomacia de segundo nivel.

El tercer nivel comprendería los esfuerzos realizados por organizaciones activistas que trabajen por la resolución pacífica de conflictos y que carezcan de contacto directo con los políticos; también incluye el trabajo de líderes locales no políticos tales como deportistas, artistas, hombres de negocios o figuras destacadas de los medios de comunicación. Si bien estos líderes tienen una especial capacidad de influencia social, carecen tanto del poder que disfrutan los representantes oficiales de los Estados y los miembros de los gabinetes de gobierno, no pudiendo garantizar el cumplimiento de sus propuestas, como de las habilidades profesionales que caracterizan a expertos en negociar y desarrollar procesos de paz. De este modo, las actividades de los participantes de la tercera vía se orientarían o bien a llamar la atención de quienes trabajan en el primer o segundo nivel, o bien a generar conciencia y conocimiento entre el público en general con iniciativas de paz y programas que impliquen una amplia participación social. En su mayor parte, el trabajo de las organizaciones no gubernamentales (ONGs) quedaría encuadrada en el tercer nivel. En los casos donde los miembros de las ONGs en cuestión mantuvieran relaciones directas con los gobernantes, sus actividades quedarían encuadradas en el segundo nivel. Además, las ONGs pueden servir como mediadoras en un caso donde se esté desarrollando un proceso diplomático de segundo nivel, y en el cual los participantes que representen las partes enfrentadas sean al mismo tiempo quienes llevan a cabo la experiencia de diplomacia paralela mediante negociaciones no oficiales entre representantes acreditados.

Cualquier proyecto de diplomacia paralela que implique a las poblaciones partes de un conflicto pertenecería para Bavly al cuarto nivel y las interacciones se realizarían por medio de personas que inicialmente no tuvieran ninguna representatividad oficial ni

influencia política o mediática. El cuarto nivel, por lo tanto, sería un elemento que conectaría y complementaría al segundo, (y por consiguiente, al primero o diplomacia convencional), con tentativas de *peacebuilding* realizadas directamente por iniciativa ciudadana.

Los cuatro niveles propuestos por Bavly deben considerarse como parte de un esfuerzo a mayor escala en la resolución de un conflicto que representa la diplomacia multivial. De cualquier modo, los niveles son distintos y resultan al mismo tiempo dependientes e independientes entre sí, por lo que su labor se puede llevar a cabo de forma autónoma en cada uno de ellos. El primer y segundo nivel generalmente se concentran en encontrar soluciones a asuntos en disputa muy específicos, considerando especialmente las dimensiones políticas y psicológicas del conflicto. El tercer y cuarto nivel no se centran generalmente en las dimensiones políticas del conflicto, sino que en principio se orientan en potenciar campos específicos de posible interés mutuo o posible cooperación: deportes, artes, negocios, etc. Estos dos últimos niveles pueden ocuparse de asuntos de naturaleza política, pero Bavly insiste en que su labor se encuentra limitada por la carencia de miembros con tanto poder como en las dos primeras. Por tanto, el eventual éxito de una tentativa global de resolución de conflictos descansaría en gran medida en que todos los niveles estén activados a la vez, pues la paz se debe perseguir en todos los ámbitos posibles, y ninguna vía tiene por qué ni debe esperar a las otras parar ponerse en funcionamiento. De hecho, es responsabilidad individual de cada nivel promover la paz y ayudar a activar al resto de vías. El modelo se debe aplicar para avanzar en el camino hacia la paz en todos los niveles de la sociedad, pues una eficiente puesta en práctica de este modelo puede asegurar una cooperación fructífera entre la paz de los líderes y la paz de los pueblos.

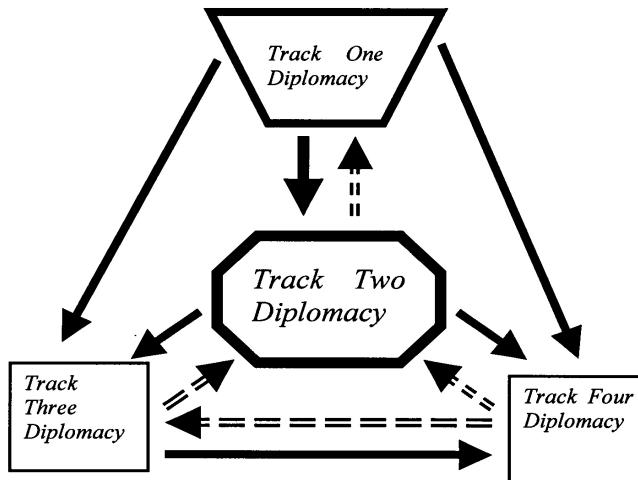
Los cuatro niveles tienen formas de acción que pueden ser idénticas: los miembros de todos ellos pueden participar en talleres, seminarios, diálogos y negociaciones. Obviamente, los resultados de estas actividades pueden ser muy diferentes, ya que una negociación realizada por la diplomacia tradicional es más vinculante que la realizada por cualquiera de las otras vías. Sin embargo, una negociación conducida mediante la diplomacia paralela en cualquiera de sus niveles puede servir como buen punto de partida para una negociación diplomática convencional. Puesto que todos los miembros de la comunidad pueden dividirse entre los cuatro niveles, y

todos ellos funcionan hacia una meta común y recurren a mecanismos similares, ¿cuál es la diferencia entre ellos?

El factor determinante de clasificación de los niveles es la posición social de sus protagonistas según su influencia y poder políticos. La espina dorsal de este modelo, por lo tanto, y siempre según Bavly, es la relación que mantengan quienes practiquen la diplomacia con los círculos de decisión política. Quienes lleven a cabo el segundo nivel serían por tanto los más cercanos a los políticos, así como los más expertos y experimentados en resolución de conflictos.

Por lo tanto, el factor más destacado en la ejecución eficaz de este modelo sería la diplomacia paralela de la segunda vía o *track two*, como se ilustra a continuación:

Figura 1 – Four Track Multi Track Diplomacy:



Explicación de las flechas:

- : Activa
- = → : Influencia

Fuente: Bavly, M. (1999) *Second Track Diplomacy*,
<http://www.shalam.org/Second%20Track%20Diplomacy.htm>

La figura 1 ilustra las interacciones entre los cuatro niveles o vías. Mientras que cada nivel puede iniciarse y actuar independientemente, el primero o *track one* activa generalmente al segundo, al tercero y al cuarto; la *track two* puede activar los niveles tres y cuatro; y finalmente, la *track three* puede activar la *track four*. Un nivel más alto tiene la capacidad de activar a cualquiera de los inferiores. Un nivel más bajo, sin embargo, tan solo puede influenciar, pero no activar, a una vía superior. Así, la *track two* puede influenciar la *track one*; la *track three* puede influenciar la *track two*; y finalmente, la *track four* puede influenciar las vías three y, en menor medida, two.

El esquema de Bavly resulta de gran interés y considero supera a los anteriores, si bien estimo que presta atención insuficiente a las posibilidades del tercer y cuarto nivel, que apenas se atisban en sus trabajos, otorgándoles un papel muy secundario y asumiendo su incapacidad para influir de forma determinante en la resolución de un conflicto o en la creación de dinámicas que supongan cambios políticos trascendentales. Como hemos tenido oportunidad de comprobar, su esquema tan sólo les reconoce la posibilidad de ejercer un impacto significativo en los niveles inmediatamente superiores.

3. La diplomacia civil noviolenta: un nuevo concepto para las ciencias sociales

El incipiente campo de investigación de la diplomacia paralela se enriquecería considerablemente, a mi juicio, con un mayor conocimiento y reconocimiento de las posibilidades de los mencionados tercer y cuarto nivel, para cuya potenciación he propuesto una nueva herramienta política: *la diplomacia civil noviolenta*. La diplomacia civil noviolenta comprende dos vertientes complementarias pero distintas: por una parte, *las actividades organizadas y desarrolladas por la sociedad civil para la transformación y resolución pacífica de conflictos; la creación de formas de convivencia y programas de reconciliación e integración intercultural; y el mantenimiento de líneas de diálogo en la base, incluso cuando éstas se rompen o quedan en punto muerto al nivel diplomático convencional*; (Ruiz Jiménez, 2001, 2003a y 2003b) y, por otra parte, es un *medio de influir directamente en las decisiones, comportamientos, relaciones y marcos normativos de los Estados con objeto de que sus agendas otorguen un papel protagonista a la paz positiva y a los derechos humanos*.

Sobre el uso del término diplomacia civil noviolenta, debo señalar que está inspirado en tres conceptos aún en fase de debate sobre su significado exacto, y que se superponen en algunos de sus contenidos: *diplomacia popular noviolenta*, *field diplomacy* o diplomacia de campo, y *diplomacia desde la base*. Todos ellos tienen en común la intervención mediante instancias ciudadanas sin relación directa con sus gobiernos, sobre el terreno, en conflictos nacionales o internacionales, con el uso de metodologías inequívocamente noviolentas y con la finalidad de favorecer una evolución pacífica o, al menos, atenuar cuanto sea posible los niveles de violencia.

El término *diplomacia popular noviolenta* considera el sentido de la palabra *popular* como más amplio que *civil*. Encuentra su origen en Italia y es una traducción literal del concepto *diplomazia popolare nonviolenta*, heredero a su vez de *difesa popolare nonviolenta*. Éste implica no sólo la intervención de la sociedad civil laica, sino también de una parte de la sociedad religiosa de base e incluso de agencias gubernativas de gran autonomía de acción, como universidades y ayuntamientos, instancias ambas de capacidad jurídica plena e independiente.

Respecto a *field diplomacy*, se trata de un concepto consolidado en el léxico de Naciones Unidas que implica la consideración de las diplomacias de primer y segundo nivel —según el esquema de Michael Bavly— como insuficientes, siendo por tanto necesaria una intervención sobre el terreno (Reychler y Paffenholz, 2001). Ésta no sería alternativa sino complementaria y, en cierta medida, autónoma. Parte de la creencia de que cualquier proceso de pacificación, mediación y diplomacia requiere de un trabajo constante y sostenido en el lugar del conflicto, que debe reducir los posibles impactos negativos que trae consigo una intervención externa, y de que busca reforzar la colaboración de los actores pacíficos internos con los externos.

Además, la *diplomacia desde la base* hace especial hincapié en la asunción de que la intervención diplomática de terceros que implicaría mantenimiento, negociación y construcción de la paz tiene que hacerse *desde y por la base*, esto es, debe ser ciudadana y trabajando a pie de obra desde lo micro. Asimismo, concede un papel protagonista a la reconstrucción del tejido social, a elementos interculturales y de reconciliación.

La definición propuesta de diplomacia civil no violenta es un intento de ofrecer una herramienta de pacificación desde la base lo más completa posible. Para ello:

- Recupera los elementos comunes de estos tres términos;
- Especifica más claramente su carácter no violento respecto a la diplomacia desde la base;
- Reivindica unas mayores posibilidades de autonomía y una mayor riqueza en su capacidad de acción frente a la *field diplomacy*, que parece más restringida al ser ante todo complemento de la diplomacia convencional y estar más orientada a evitar la violencia directa en casos de conflictos armados en curso o finalizados, diluyéndose un tanto su capacidad como instrumento de prevención de la violencia;
- Pretende ir más allá de las actuaciones sobre el terreno, añadiendo la posibilidad de influir en las agendas de los Estados. Esto puede realizarse mediante campañas concretas autogestionadas o mediante el apoyo a iniciativas desde la comunidad internacional para el establecimiento de acuerdos que supongan una mayor protección y respeto para los derechos humanos.

Finalmente, considero que el término *civil* no tiene porqué excluir a ninguno de los actores señalados por el término *popular*. De hecho, definiciones de sociedad civil tan extendidas como las de Mary Kaldor, John Keane o Neera Chandhoke (Chandhoke, 1995; Kaldor, 1996; y Keane, 1992), respetarían su inclusión y situarían los términos *popular* y *civil*, a este nivel, como equivalentes. Por otra parte, estimo que el uso de *popular*, en castellano, implica una serie de connotaciones como *propio de las clases sociales menos favorecidas* (RAE, 2001) —cuando esta diplomacia es una herramienta a su alcance, pero no suya en exclusiva— o *dicho de una forma de cultura: considerada por el pueblo propia y constitutiva de su tradición* (RAE, 2001). Por todo ello, me he inclinado por el uso del término diplomacia civil no violenta.

El fin último de la diplomacia civil no violenta es la potenciación del rol ciudadano, de la gente corriente, en construir y reconstruir sociedades en pos de una paz positiva, no sólo contra la violencia directa sino también contra la que Johan Galtung denomina cultural y estructural y es causante de discriminación, analfabetismo, violencia

de género, degradación medioambiental, deficientes estructuras sanitarias, falta de prevención ante catástrofes naturales, etc. (Galtung, 1995). En otras palabras, esta labor no se limita a la necesidad de acabar con la violencia y directa (física, verbal y psicológica) sino que trasciende a la transformación de estructuras e instituciones para hacerlas más justas y razonables.

He señalado la existencia de dos vertientes de diplomacia civil noviolenta. Respecto a la primera, ésta puede llevar a cabo formas de diplomacia originales, como embajadas de paz, embajadas de reconciliación, y cuerpos civiles de paz. Asimismo, practican formas de trabajo peculiares: desplegar labores de interposición no armada en un área; desarrollar labores de acompañamiento a personas o grupos amenazados; realizar un seguimiento del respeto a los derechos humanos y denunciar su violación; crear situaciones de acercamiento entre las partes en conflicto o generar condiciones para su diálogo; favorecer situaciones para el reagrupamiento de las familias de refugiados o desplazados; realizar labores de animación social dentro de la comunidad; extender la ayuda humanitaria; trabajar en la reconstrucción del tejido psico-social dañado o roto de una comunidad; implementar programas de democratización y sostenimientos de amplias formas de participación, reforzando así la sociedad civil local; respaldar programas de educación y fomento de la cultura para la paz y la reconciliación; e incluso realizar actividades o acciones directas noviolentas.

Existen numerosos ejemplos sobre el terreno de las actividades mencionadas, llevadas a cabo en alguna de sus variantes por Amnistía Internacional, Human Rights Watch, Movimiento Internacional de Reconciliación (MIR-IFOR), Médicos sin Fronteras, Pax Christi, Brigadas Internacionales de Paz, Beati i Costruttori di Pace, Shanti Sena, y un largo etcétera. No se trata de considerar que cualquier acción realizada por estas organizaciones es diplomacia civil noviolenta, sino tan sólo aquellas que más allá de fines paliativos o de otro tipo, persiguen de forma consciente los mencionados objetivos de diálogo, pacificación, reconciliación y convivencia entre partes enfrentadas. Por mencionar algunos otros ejemplos menos conocidos y más específicos, destacaré algunas iniciativas en curso de las diplomacias de tercer y cuarto nivel que responden al perfil descrito de la diplomacia civil noviolenta, en este caso autogestionadas y sobre el terreno, que son el proyecto Crossing the Lines, en Israel y Palestina,

basado en la escucha empática y el reconocimiento de la otredad; la Virtual Diplomacy Initiative, que trabaja sobre cómo la revolución tecnológica de las telecomunicaciones puede influir en la gestión de un conflicto a nivel nacional o internacional;³ la labor de AUSI (Asociación Universitaria para la Solidaridad Internacional), ONG que desde la Universidad de Granada ha sido capaz de iniciar el diálogo y la cooperación entre las comunidades croatas cristianas y bosnio musulmanas de Mostar, allí donde todos los esfuerzos de la comunidad internacional habían fracasado; las experiencias en lugares como Caicedo y Alto Arriari, en Colombia, donde sus habitantes negocianaron con guerrilla y paramilitares excluyéndose del conflicto; y el trabajo desarrollado por las Comunidades de San Egidio fomentando el diálogo entre religiones, mediante programas de asistencia a necesitados sobre el terreno, promoviendo una cultura de la convivencia y la integración, colaborando con refugiados y emigrados en Europa sobre los principios de tolerancia y ayuda, y desarrollando movimientos como Peace People en Italia, Alemania y Bélgica que cuenta con 10.000 miembros en esos tres países provenientes de 95 naciones.⁴

De cualquier modo, el ejemplo probablemente más interesante y pionero en este sentido es el END, la organización diplomática ciudadana independiente auspiciada por el historiador y activista Edward P. Thompson, que desafiando las restricciones de la Guerra Fría y fomentando el diálogo ciudadano a ambos lados del telón de acero terminaría siendo el vivero de muchas de las más influyentes figuras que realizaron la transición política en el Este de Europa tras la *revolución de terciopelo* de 1989 (Ruiz Jiménez, 2000).

³ Ver www.usip.org/oc/virtual_diplomacy.html para conocer más sobre esta iniciativa del United States Peace Institute, cuya pretensión última es mejorar la efectividad de las estructuras institucionales y organizacionales de aquellos grupos comprometidos con la gestión y crisis de conflictos, así como mejorar sus posibilidades de cooperación, trabajo de equipo, difusión de información, etc. La VDI ha obtenido importantes logros en operaciones de paz y humanitarias, así como en reconstrucción de sociedades post-conflicto.

⁴ Ver www.sanegidio.org, página web que contiene todo lo referente a las actividades de esta organización cristiana.

Respecto a la segunda de las vertientes de la diplomacia civil noviolenta, aquella que busca influir en las agendas y comportamientos de los Estados convirtiéndose así en un actor de impacto en el juego de las relaciones internacionales, también encontramos interesante ejemplos. Así, la influencia política y diplomática de la presión coordinada de redes ciudadanas unitarias fue lo que hizo posible la campaña contra las minas antipersonales, que logró el histórico Tratado de Ottawa de 1997 contra su fabricación y comercio —pese a la inicial oposición de la mayoría los Estados finalmente signatarios—;⁵ el fracaso del Acuerdo Multilateral sobre Inversiones (que liberalizaba aún más los flujos de capital internacionales); las limitaciones y mayor transparencia en la fabricación y comercialización de armas ligeras gracias a la red IANSA;⁶ y, en gran medida, el establecimiento del Tribunal Penal Internacional. En definitiva, se trata de generar redes, complicidades y solidaridades permanentes que doten de mayor influencia, legitimidad y eficacia a las muchas iniciativas que estas organizaciones llevan a cabo para modificar legislaciones y comportamientos de los Estados. Las mencionadas campañas apuntan al cambio de estructura en la tradicional concepción de los Estados como únicos protagonistas de las relaciones internacionales, pues tanto poderes supraestatales (OTAN, UE, FMI, BM, etc.) como empresas multinacionales ejercen una influencia decisiva en las actuaciones de los Estados, algo que también aspira a conseguir la sociedad civil organizada a favor de la paz y los derechos humanos. En este sentido prospectivo, los autores más optimistas llegan a hablar de la existencia de una *superpotencia de la paz* (Wasserman, 2003).

Los conflictos contemporáneos se circunscriben cada vez más dentro de las fronteras de los Estados-nación, y en este sentido la diplomacia civil noviolenta puede jugar un papel muy importante. La

⁵ Cabe destacar especialmente esta iniciativa, Campaña internacional para la prohibición de las minas antipersonales -International Campaign to Ban Landmines (ICBL)-, ganadora del premio Nobel de la paz de 1997, distinción con que también fue galardonada la coordinadora de la campaña, la estadounidense Jody Williams. Ver www.icbl@icbl.org

⁶ Sobre la International Action Network on Small Arms (IANSA), puede consultarse www.iansa.org

diplomacia tradicional entre gobiernos carece hasta el momento de mecanismos adecuados para solucionar este tipo de conflictos internos, mientras los instrumentos de la sociedad internacional no han demostrado poseer medios ni legitimidad suficientes para resolver satisfactoriamente muchos de estos conflictos, en los que las cuestiones de nacionalismo, auto-determinación de los pueblos y etnicidad resultan de gran influencia. Ejemplos de sociedades post-conflicto donde los problemas permanecen o se incrementan, como Ruanda, Bosnia-Herzegovina y Kosovo, demuestran la absoluta necesidad de introducir e implementar elementos tales como reconciliación, tolerancia, educación para la paz, interculturalidad, ruptura de estereotipos y *peacebuilding*. Para ello es imprescindible el establecimiento de sólidas redes ciudadanas capaces de materializar en la práctica tales elementos, y es precisamente en ese contexto donde la diplomacia civil noviolenta puede jugar un papel determinante. Es algo que no se ha hecho hasta el momento debido tanto a la carencia de elementos teóricos consistentes como de conocimiento acerca de experiencias prácticas sobre la potencialidad transformadora de una sociedad civil activa y comprometida. No obstante, su importancia potencial es tal que el programa de Cultura de Paz adoptado por el consejo de Seguridad de la ONU, dentro de la década de Cultura de Paz y noviolencia para todos los niños del mundo (2000-2010), incluye entre sus seis valores fundamentales la comprensión y la solidaridad a través de la diplomacia ciudadana.

Para comprender la trascendencia de estas nuevas formas de diplomacia es necesaria la reconceptualización de la idea de poder tal y como lo plantean, entre otros, Mario López, Betty Reardon, Dennis Wrong, Sidney Tarrow y Rob McRae. Poder se definiría entonces como algo plural —no reducido a los gobiernos y ejércitos— y circulatorio —capaz de transformarse—; poder entendido como capacidad para la acción, especialmente de aquellos que supuestamente no lo tienen o, más bien, no saben que lo tienen o que, simplemente, no lo utilizan (López, 2001; Tarrow, 1997; Boulding, 1993; Reardon, 2002; y Wrong, 1979). Poder, también, considerado como disposición para cambiar valores, actitudes y comportamientos, superándose de este modo la visión tradicional de poder como capacidad de obtener sumisión, como competencia para coaccionar. Se trata, a su vez, de una interpretación del poder y el liderazgo —y esto trasciende a las organizaciones y sobre todo a los Estados y las

relaciones internacionales— como un instrumento no coercitivo, o, en palabras de Rob McRae, *soft power*, que puede traducirse como poder persuasivo (McRae y Hubert, 2001:245). Éste consistiría, fundamentalmente, en la forja de liderazgos a través de la creación de modelos mediante acciones ejemplares y el fomento de la cooperación.

Tanto el poder persuasivo como el poder de la fuerza militar no tienen por qué ser absolutamente incompatibles, pues ambos pueden ser apropiados en diferentes contextos que precisen de la protección de civiles en conflictos armados, lo que puede incluir una intervención humanitaria, con todas las características que ésta trae consigo (medida *ultima ratio*, uso exclusivamente defensivo de las armas, y escrupuloso respeto a un mandato fundamentado en la legislación internacional y la protección de los derechos humanos). El hecho subyacente al poder persuasivo a que hacía referencia, así como a otras formas de poder, como el que puede ejercerse desde la sociedad civil, es que altera substancialmente la lógica de las relaciones internacionales y la diplomacia convencional. Además, las alianzas que he comentado pueden facilitar la creación de redes más o menos formales de intercambio de comunicación y desarrollo de esfuerzos conjuntos, influir poderosamente las relaciones entre Estados por la presión de sus bases ciudadanas y, por ende, ejercer un impacto directo en lo que se resuelva en las mesas de negociación.

En este sentido, las iniciativas ciudadanas que describo estimulan a los ciudadanos a hacerse cargo de sus vidas y responsabilidades en los cambios políticos y sociales, trabajando desde el propio barrio hasta en la esfera nacional o internacional, en un ejercicio de empoderamiento social. La ciencia política nos enseña que el poder necesita oportunidades políticas, movilización de estructuras y formulación de procesos, siendo la diplomacia civil noviolenta una herramienta de construcción social y cultural para encauzar de forma útil y racional ese poder. Además, como ya he señalado, considero que las organizaciones ciudadanas de base son competentes para emprender formas de diplomacia capaces de actuar como factor político de impacto considerable en las decisiones, comportamientos, relaciones y marcos normativos de los Estados en favor de la paz positiva, los derechos humanos y la seguridad humana.

Ciertamente, resulta fundamental precisar que la acción central de esta diplomacia es la defensa de la paz y los derechos humanos. Una

instancia de diplomacia civil que aglutine distintas voces, pero siempre comprometidas con los derechos humanos, puede tratar temas tan delicados como los que rodean a los conflictos armados con una perspectiva equidistante y crítica frente a todos los agentes contendientes, para lo que la noviolencia, a la que me referiré a continuación, resultaría un elemento fundamental para infundir confianza en y ayudar a la seguridad de todos los implicados. De este modo, además, podría granjearse mucho más fácilmente la simpatía y colaboración activa tanto de la ciudadanía como de gobiernos y sociedad civil extranjeros.

Así, para la puesta en práctica del tipo de diplomacia civil que propongo con resultados eficaces y duraderos, sería sin duda muy importante que asumiera los valores de la noviolencia tanto en sus principios teóricos como en sus acciones. Contrariamente a lo que muchos asumen con excesiva ligereza, la noviolencia no se limita a ser un método que renuncia al ejercicio de la violencia, sino que va mucho más allá. Mario López la ha definido como una metodología activa para influir en el curso y el resultado (pacífico) de un conflicto, y sobre todo como *la acción, el deber y el convencimiento por la justicia dentro del respeto total de la persona y la vida de los adversarios, renunciando a todas las formas de violencia* (López, 2001:196). El objetivo de la noviolencia sería por tanto reequilibrar el poder entre las partes en conflicto, estimulando su mutua comunicación, tratando de hacer aflorar el componente más positivo en cada una de ellas, esto es, conciliando. De este modo, la noviolencia sería una forma de construcción política, de ganar apoyos, de marcar distancias en la búsqueda de la paz respecto a alternativas pasivas o violentas. Podría ser entendida como un conjunto de métodos, herramientas e instrumentos de lucha no armada para influir en la vida pública.

Sin duda, la noviolencia como herramienta política posee grandes ventajas, pues mientras estos métodos sean usados tenemos la seguridad de que los niveles de violencia bajarán ostensiblemente en cualquier relación conflictual. La noviolencia trae consigo, además, un cambio de mentalidad, de perspectiva y de sensibilidad, convirtiéndose en un instrumento de transformación hacia sociedades más justas que ofrece esperanzas y posibilidades de influencia política a muchas personas o grupos marginados o necesitados de soluciones. Siguiendo a Mario López, descubrimos que por medio de la noviolencia se pueden gestionar, conducir o transformar los conflictos

de una forma más constructiva y creativa, generando espacios de confianza entre todas las partes, pues todas las partes pueden estar tranquilas y seguras de que no se les va a causar ningún daño físico, mientras se señala a los adversarios que se está dispuesto a escuchar sus razones, y se entienden las relaciones no como destructivas sino como reconciliatorias, tratándose de respetar y convencer al otro, no de vencerlo o eliminarlo. Es, por tanto, una forma de tratar de imponer la fuerza de la razón frente a las razones de la fuerza. De hecho, de acuerdo con los preceptos habermasianos tan en boga, la principal característica de una democracia fuerte es precisamente la búsqueda constante del entendimiento, del acuerdo y del compromiso mediante el diálogo, recuperando el valor de la palabra y potenciando la comunicación intersubjetiva, como tan brillantemente propone Martínez Guzmán (Martínez, 2001)⁷. Se trata, pues, de demoler las estructuras injustas, las iniquidades y las abyecciones respetando todas las vidas y a todas las personas y apostando por su transformación moral y material sin añadir más violencia al mundo, perturbando intelectualmente y buscando denonadamente salidas políticas (López, 2001).

Por otra parte, este compromiso debe marcar una postura muy clara ante aquellos que amenazan y disponen de la vida de sus semejantes desde cualquier ámbito, que deben percibir que lo que se intenta desarrollar es una forma de construir juntos socialmente y en paz, no suponiendo un peligro ni amenaza para nadie.

La diplomacia civil noviolenta es también una alternativa a la corriente de opinión que estima que la paz la consiguen los duros a través de soluciones violentas, implementadas bajo la fórmula de la eficacia aparente y el cambio por la fuerza ante la falta de acuerdos

⁷ La iniciativa se fundamenta en el cruce de historias personales entre palestinos e israelíes en las que se expresan libremente percepciones y sentimientos, señalando el componente humano de ambos pueblos, con lo que se permite llegar a su corazón y a sus mentes más allá de las visiones que ofrecen los medios de comunicación. A la grabación de videos para ser difundidos en colegios, universidades y entre la población en general, se añaden visitas para escuchar *a los del otro lado*, desde líderes a refugiados, intentando que se comprenda la complejidad de los asuntos religiosos, políticos y de derechos humanos en juego. Ver www.mideastdiplomacy.org, donde puede consultarse información sobre los videos y libros editados por el proyecto, así como análisis acerca de las experiencias llevada a cabo.

entre los actores de un conflicto armado. Existe una especie de mito según el cual la paz, negociada o por la fuerza, la hacen los duros, mito que con frecuencia deslumbra a la opinión pública con perfiles, retóricas y gestos. No se sabe bien dónde abrevan los analistas que realizan semejantes afirmaciones a modo de axioma científico. La lógica argumental que se utiliza es más o menos la siguiente: los líderes conservadores y/o gobernantes partidarios de posturas de fuerza, especialmente desde la derecha, están mejor dotados por su talante, más respaldados por el establecimiento y menos limitados por Estados Unidos o la potencia hegemónica del momento; todo lo cual les otorga un poder excepcional y los convierte en perfectos arquitectos de la paz. A este respecto, ejemplos usualmente invocados son los de Alfredo Cristiani en El Salvador y Alberto Fujimori en Perú.

Sin embargo, hay que mencionar los contraejemplos: la paz con el IRA no la logró la intransigencia de Margaret Thatcher, sino el diálogo auspiciado por Tony Blair; la llegada al poder del belicista Ariel Sharon en Israel alejó la paz entre israelíes y palestinos; la pragmática presidenta filipina, Gloria Arroyo, apoyada en las fuerzas armadas y la iglesia católica solo logró internacionalizar el enfrentamiento contra el grupo Abu Sayyaf, al acordar con el presidente Bush el envío de 650 soldados estadounidenses para combatir en el sur de Filipinas; el conservador José María Aznar, con su agresivo discurso antiterrorista en España, no está más cerca que sus antecesores de alcanzar la paz con ETA o de derrotarla; el autoritario presidente de Sudán, Umar Hasan Ahmad al-Bashir, no conquistó la paz en ese país... En fin, los duros no tienen el monopolio de la paz; más bien, sólo exacerban la guerra, promoviendo así la continuación de la violencia o la aniquilación de una de las partes. Así, pensar que el fortalecimiento militar, como principal modo de acrecentar la legitimidad del Estado, resuelve una guerra es un error monumental, y las campañas que ofrecen sólo más mano dura deben ser observadas con sano escepticismo, a pesar del clima de guerra liberadora e indolora que puedan construir algunos medios de comunicación.

La Investigación para la Paz ha analizado los peligros y consecuencias negativas de ese tipo de opciones, que en últimas perturban y alejan los objetivos deseados. De hecho, el recurso a las armas como opción política para alcanzar la paz no sólo no resuelve un conflicto, sino que, generalmente, ni siquiera logra reducir sus índices de violencia; por el contrario, éstos suelen aumentar en una espiral

cada vez más difícil de controlar pero que es obligación de todos parar y hacer retroceder.

A este respecto, cabe destacar que la opción militar trae consigo una serie de riesgos para la sociedad. En primer lugar, existe el peligro de que sean los actores armados, y sólo ellos, quienes decidan cómo y cuando detener la violencia, dejando escaso margen de acción al resto de actores sociales. En segundo lugar, la Investigación para la Paz ha demostrado que largas fases de violencia directa acaban degradando progresivamente los fines justos que se podían perseguir cuando se optó por una vía armada para la lucha política, y se termina no sólo causando destrucción material y en vidas sino embruteciéndose y deshumanizándose dentro de una búsqueda de la paz por métodos violentos —justificados por la justicia de los objetivos— que debido a la incoherencia de medios y fines termina por acercarlos cada vez más a los modelos a que en principio pretendían oponerse, de modo que, a veces incluso de forma inconsciente, se convierten más en parte del problema que de la solución. En tercer lugar, el recurso a soluciones de fuerza suele producir una tendencia hacia la militarización de la sociedad y sus instituciones, de modo que ejércitos, policías, grupos armados, etc., cobran un protagonismo que no les correspondería en una situación de paz y estabilidad política, lo que afecta la buena marcha de las instituciones públicas y de los procesos democráticos (López, 2001:222). Finalmente, en cuarto lugar, cabe destacar que aquellos defensores de alternativas violentas en la resolución de conflictos suelen ser personas más cerradas, jerarquizadas y autoritarias, que si bien pueden destacar y cobrar protagonismo en tiempo de guerra, no siempre son los mejores gobernantes cuando se restaura la normalidad democrática y suelen impregnar la sociedad de valores reaccionarios, así como pretender perpetuar su protagonismo como “salvadores” de la patria.

De este modo, observamos cómo el recurso a la violencia termina por dejarnos sin legitimidad ni argumentos para obtener aquello a lo que pensamos tenemos derecho o es justo, siendo además una forma de matar la política, que es una de las vías más útiles para resolver conflictos y construir sociedades más ecuánimes, igualitarias y sostenibles.

Además, la diplomacia civil noviolenta supone una de las formas de prevención potencialmente más eficaces que puedan darse.

Provención fue un término desarrollado en primer lugar por Christopher Mitchell en 1981, quien lo definió como “cualquier proceso que contribuye a la prevención del comportamiento conflictivo indeseable una vez que se ha presentado una situación de incompatibilidad de objetivos” (Mitchell, 1981:257); posteriormente, John Burton profundizaría más al afirmar que “la provención del conflicto se refiere a los medios por los cuales se anticipa y maneja una situación eliminando las posibles causas del conflicto, sin la reserva de una amenaza del uso de la fuerza. Podría significar la secesión, si es eso lo que las partes buscaban, o políticas económicas de gran envergadura, o cualquier combinación de políticas que se requiera para hacer que el conflicto se vuelva irrelevante. En este sentido, la provención podría ser una filosofía política, una manera general de abordar el gobierno” (de Reuck y Knight, 1966:39; Burton, 1990).

No obstante, es Paco Cascón quién probablemente haya encontrado el sentido más útil a la provención para la diplomacia civil noviolenta (Cascón, 2001). Él, asumiendo las dificultades de prevenir los conflictos dado que éstos son ineludibles en las relaciones humanas, distingue entre *prevención* como término adecuado cuando nos referimos a guerra, conflictos bélicos, o a cualquier otro caso que entrañe consecuencias destructivas, y *provención* como proceso de intervención anterior a la crisis que nos lleva a:

- Una explicación adecuada del conflicto, incluyendo su dimensión humana.
- Un conocimiento de los cambios estructurales necesarios para eliminar sus causas.
- Una promoción de condiciones que creen un clima adecuado y favorezcan unas relaciones cooperativas que disminuyan el riesgo de nuevos estallidos, aprendiendo a tratar y solucionar las contradicciones antes de que lleguen a convertirse en antagonismos.

Se trataría, pues, de intervenir en los conflictos cuando éstos se encontrasen en sus primeros estadios, ante de que estalle una crisis, favoreciendo y proveyendo una serie de habilidades y estrategias que permitan enfrentar mejor los conflictos. Cascón sostiene que no hay por qué esperar a que los conflictos estallen, siendo preferible trabajarlos en sus primeros estadios o incluso antes de que se produzcan; así, en un clima menos crispado, con tiempo y sin apasionamientos, es más sencillo aprender y proceder a analizarlos y

desarrollar ideas de resolución que permitan confrontarlos de una mejor manera cuando surjan. Es habitual al abordar un conflicto que se responda de forma inmediata (acción-reacción), en gran medida debido a la falta de referentes sobre cómo afrontarlo de forma distinta a la violenta. Esto es algo que afecta también a los líderes políticos y que con frecuencia arrastra a las sociedades que representan, como tan ejemplarmente demuestra la crisis humanitaria que caracterizó la desintegración de Yugoslavia. Si se buscan espacios de trabajo intercomunal ciudadano (también puede y debe hacerse entre los Estados y sus representantes, por supuesto) para trabajar y desarrollar ideas de resolución noviolenta de conflictos, será más fácil que cuando éstos se den, existan herramientas, referencias e ideas noviolentas que puedan aparecer espontáneamente en la escena, tal y como suele suceder con las violentas. Puede ser una forma de detenerse ante los primeros impulsos, realizar análisis adecuados y responder de forma constructiva en casos de alerta temprana. Esto es algo que el contacto directo entre comunidades, su conocimiento mutuo y la desintegración de la imagen del “otro” como distinto y enemigo potencial, tal y como propone la diplomacia civil noviolenta, puede favorecer de forma decisiva. Se trata, pues, de aprender a usar la fuerza y el coraje de forma noviolenta, encaminando las acciones a conocerse mejor, afirmarse, desarrollar la assertividad y luchar por los propios derechos respetando en todo momento a los demás.

Para ello es necesario poner en marcha procesos que sienten las bases para afrontar de forma positiva cualquier disputa o divergencia en el momento en que se produzca, y cuantas más personas estén preparadas y sean conscientes y capaces de involucrarse en todos los niveles sociales y políticos, tanto mayores serán las posibilidades de evitar situaciones de violencia. Hablo de proceso porque el desarrollo de cada una de estas habilidades se apoya en la anterior y porque es fundamental que se trabajen de forma planificada y sistemática si queremos que tengan efectividad. Así, cuando existan situaciones de tensión entre grupos sociales, la diplomacia civil noviolenta puede resultar un instrumento de provocación muy valioso creando un clima de aprecio y confianza propia y en los demás que permita enfrentar los conflictos sin miedo, poniendo sobre la mesa cualquier punto de vista sin tapujos, confrontándolos, dirigiéndose directamente a los miembros del grupo con el que parezcan existir problemas, lo que ayudará a descubrir su origen, los posibles intereses de minorías o

élites manipuladoras, y los puntos clave a resolver antes de que puedan darse espirales de violencia que trasciendan al conflicto inicial y tomen su propia dinámica.

La necesaria confianza a que he hecho referencia debe trabajarse de forma pareja a la responsabilidad, pues en caso contrario podría confundirse con la ingenuidad, algo negativo y peligroso. La cercanía del contacto que propone la diplomacia civil noviolenta resulta además muy útil en este sentido, pues ayuda a reconocer —primer paso para respetar—, los propios valores así como los de los otros grupos, que pueden ser miembros de culturas distintas y poseer una identidad diferenciada. De cualquier modo, lo que resulta fundamental en la diplomacia civil noviolenta como forma de prevención es su capacidad de favorecer la comunicación entre grupos, algo necesario en el proceso de aprender a gestionar conflictos de forma noviolenta, ya que el diálogo es una de sus principales herramientas características. La diplomacia civil noviolenta es un marco ideal para trabajar diferentes canales de comunicación y establecer códigos comunes, no dando nada por supuesto sino verificando que realmente hay comprensión de los mensajes y del sentido de las palabras que se utilizan, algo especialmente relevante en situaciones de conflicto. Es también una forma de trascender la comunicación verbal y completarla con la relacional: si las palabras dicen una cosa y los canales no verbales se desconocen o dicen otra, seguramente disminuyan la credibilidad y confianza, lo que puede crear confusión y empeorar la gravedad del conflicto. Es también una oportunidad de trabajar la escucha activa, haciendo sentir al otro grupo que importa lo que dice, que es escuchado, algo que rebaja considerablemente los niveles de tensión. El contacto directo entre grupos que propone la diplomacia civil noviolenta ayuda, además, a distinguir con mayor claridad los elementos del conflicto: personas involucradas, procesos (formas de abordarlo) y problemas (necesidades, intereses, valores, etc. , que se hallen en disputa), si bien esto es algo que frecuentemente no resulta sencillo.

Por último, mencionaré que en la diplomacia civil noviolenta los medios a emplear deben ser graduales, comenzando por recurrir a los más blandos como opción *prima facie* y recurriendo a los más extremos de confrontación (siempre noviolenta) solo como *ultima ratio*. De acuerdo con el espíritu conciliador y dialogante que he descrito, no se trata de demonizar a ninguno de los actores implicados.

Por el contrario, se trata de reconocer aquellos elementos bien intencionados, genuinamente comprometidos con la paz y abiertos al diálogo en esos espacios, para que puedan colaborar en la construcción de sociedades más justas. Para ello resulta enormemente ventajoso el colaborar con la legalidad política vigente y agotar sus posibilidades como medidas *prima facie*.

Conclusiones

Una paz sólida y duradera puede alcanzarse en su forma más deseable únicamente cuando todo el sistema, es decir, los cuatro niveles de diplomacia descritos en este artículo, funcionan de forma simultánea y colectiva. No obstante, cada uno de ellos puede activarse y trabajar con independencia aunque, naturalmente, es preferible que la actividad de una de las vías haga que las otras lleguen también a activarse. Por otra parte, la falta de actividad de uno o de varios de los niveles, no puede servir para justificar la carencia de acción del resto.

Usar este modelo proporciona a cualquier persona la posibilidad de implicarse en procesos de *peacemaking* y *peacebuilding*, de tomar una posición y convertirse en punto de referencia para la sociedad entera. Esto beneficia a los expertos mediadores de la diplomacia paralela, ofrece importantes posibilidades a los gobernantes y políticos implicados en general, y conciencia a la sociedad civil de que puede ejercer un impacto considerable creando dinámicas capaces de mejorar ostensiblemente las posibilidades de pacificación de un conflicto.

En este trabajo sostengo que la sociedad civil también tiene capacidad de activar la diplomacia de tercer y cuarto nivel —resultando especialmente indicado el recurso a la diplomacia civil noviolenta—, que como hemos tenido oportunidad de ver, puede dar muy interesantes frutos, como en el caso de AUSI, del END o de la presión para lograr acuerdos entre la comunidad internacional, como el Tratado de Ottawa para el caso de las minas antipersonales. Sin duda, Michael Bavly, cuyo esquema hemos tomado como referencia, reconoce este hecho, pero lo señala de forma tan marginal que considero necesario dedicarle mucha más atención. No obstante, tal y como también hemos señalado, las limitaciones de las diplomacias de tercer y cuarto nivel son muy considerables, ya que movilizar a gran cantidad de personas para trabajar en el mismo sentido no siempre es sencillo —especialmente cuando existan odios, recelos y prejuicios arraigados respecto a otra parte—, y la posibilidad de que sus acciones

tengan un impacto destacable entre los gobernantes rara vez es elevada y depende en gran medida de la estructura de oportunidad política.

Sirvan estas reflexiones como un esfuerzo orientado para evitar escaladas de violencia armada y para colaborar en la conformación de reformas políticas, sociales y económicas verdaderamente significativas, para que de este modo la paz no sólo sea la ausencia de violencia sino la principal característica de una sociedad en la que los conflictos se resuelvan constructivamente y sin violencia, donde se garantice el acceso a las necesidades fundamentales a todos los miembros de la comunidad hasta donde sea posible —esto es, la justicia social—, y donde exista un respeto efectivo a la libertad e identidad de todos los individuos y comunidades. Este trabajo se sustenta en la convicción de que una acción ciudadana diplomática coherente y madura es capaz de lograrlo.

j.angel@ugr.es

José Ángel Ruiz Jiménez. Licenciado en Historia Contemporánea por la Universidad de Granada, Maestro Europeo en Derechos Humanos y Democratización por la Universidad de Padua y Maestro en Derechos Humanos en el Mundo Contemporáneo por la Universidad Internacional de Andalucía. En la actualidad es becario FPDeI del Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad de Granada y miembro del Instituto de la Paz y los Conflictos de la misma Universidad (C/ Rector López Argüeta, S/N, 18071 Granada, España).

Recepción: 18 de diciembre de 2003

Aprobación: 11 de marzo de 2004

Bibliografía

- Boulding, Kenneth (1993), *Las tres caras del poder*, Barcelona: Paidós.
Burton, John y Dukes, Frank (1990), *Conflict: Practices in Management. Settlement and Resolution*, Basingstoke: Macmillan.
Diamond, Louis et al. (1996), *Multi-Track Diplomacy: A Systems Approach to Peace*, Londres: Kumarian Press.

- Fischer, Ronald J. (1997), *Interactive Conflict Resolution*, Nueva York: Syracuse University Press.
- Galtung, Johan (1995), Investigaciones teóricas. Sociedad y cultura contemporáneas, Madrid: Tecnos.
- López Martínez, Mario (2001), "La noviolencia como alternativa política", en Muñoz, Francisco (ed.), *La paz imperfecta*, Granada: Universidad de Granada, pp. 196-199.
- López Martínez, Mario y Ruiz Jiménez, José Ángel (2004), "Diplomacia civil noviolenta", en López Martínez, Mario (dir.), *Enciclopedia de Paz y Conflictos*. Granada: Universidad de Granada, Junta de Andalucía.
- Martínez Guzmán, Vicent (2001), *Filosofía para hacer las paces*, Barcelona: Icaria.
- McRae, Rob y Hubert, Don (2001), *Human Security and the New Diplomacy*, Londres: McGill-Queen's University Press.
- Mitchell, C. (1981), *The Structure of International Conflict*, Nueva York: St Martins Press.
- Montville, Joseph (1981), "Foreign Policy According to Freud", en *Foreign Policy*, Invierno 1981-1982.
- Montville, Joseph et al. (1982), *The Psicodynamics of International Relationships: Unofficial Diplomacy at Work*, Lexington: Massachusetts.
- Montville, Joseph V. (1987), "The Arrow and The Olive Branch: A Case For Track Two Diplomacy", en McDonald, John W. y Bedahmane, Diane B., *Conflict Resolution: Track Two Diplomacy*, Washington, D.C. : Foreign Service Institute.
- Nye, Joseph S. (1993), *Understanding International Conflicts. An Introduction to Theory and History*, Nueva York: Harper Collins.
- Real Academia de la Lengua, (RAE) (2001), *Diccionario de la Lengua Española*.
- Reardon, Betty et al. (2002), *Mujeres a favor de la paz: hacia un programa de acción*, Madrid: UNESCO.
- Reuck, A. de y Knight, J. (eds.) (1996), *Conflict in Society*, Londres: CIBA.
- Reychler, Luc y Paffenholz, Thania (2001), *Peacebuilding, A Field Guide*, Londres: Lynne Reiner Publishers.
- Ruiz Jiménez, José Ángel (2000), *Seeds of Change. The British Peace Movement and its Influence in the Expanding Universe of Peace, Democracy and Human Rights*, Tesis de maestría no publicada, Colchester: University of Essex.
- Ruiz Jiménez, José Ángel (2001), "Sociedad civil y paz. La diplomacia popular noviolenta", en AAVV., *Un rostro humano para un mundo global*, Granada: Universidades de Granada, Málaga, Jaén y Almería, pp. 193-199.
- Ruiz Jiménez, José Ángel (2003), "La diplomacia civil noviolenta. Complemento y alternativa a la diplomacia tradicional", en *Actas del I Congreso Hispanoamericano de Educación y Cultura de Paz*, Granada: Universidad de Granada, pp. 173-182.
- Ruiz Jiménez, José Ángel (2003), *La sociedad civil frente a la violencia. Nuevas diplomacias por la paz y los derechos humanos*, Tesis de Maestría no publicada, Huelva: Universidad Internacional de Andalucía.
- Sharoni, Simona (1997), *La logica della pace. La trasformazione dei conflitti dal basso*, Torino: Edizione Gruppo Abele.
- Tarrow, Sydney (1997), *El Poder en movimiento. Los Movimientos Sociales, la Acción Colectiva y la Política*, Madrid: Alianza.

Convergencia N° 34, enero-abril 2004, ISSN 1405-1435, UAEM, México
Universidad de Granada, Instituto de la Paz y los Conflictos, España

Wasserman, Harvey *et al.* (2003), *George W. Bush Vs. the Superpower of Peace*, Washington:
Columbus Alive.

Wrong, Dennis H. (1979), *Power, its Forms, Bases and Uses*, Oxford: Blackwell.

Webs

Bavly, M. (1999) *Second Track Diplomacy*:
<http://www.shalam.org/Second%20Track%20Diplomacy.htm>

Cascón Soriano, Paco (2001) *Educar en y para el conflicto*:
www.pangea.org/unescopau/image/texto%Paco%20PDF.pdf

Crossing the Lines: www.mideastdiplomacy.org

International Action Network on Small Arms (IANSA): www.iansa.org

International Campaign to Ban Landmines (ICBL): www.icbl@icbl.org

Comunidad de San Egidio: www.sanegidio.org

Virtual diplomacy Initiative: www.usip.org/oc/virtualdiplomacy.html